

En su
centro
retiembla



dramaturgia

ADRIANO MADRILES

En su centro retiembla

Adriano Madriles obtuvo el premio único de dramaturgia en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Alberto Villarreal Díaz de Bonilla, Silvia Peláez y Édgar Ceballos.

COLECCIÓN LETRAS



dramaturgia

ADRIANO MADRILES

En su centro retiembla



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

En su centro retiembla

©Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Adrián Alonso Villegas Madriles

ISBN: 978-607-495- 629-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/33/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Para Luz Elena y Alberto:
por todo el amor y todo el perdón que hay en sus corazones*

*Para Daniel:
por creer en mí aunque, a veces, yo no tenga la fuerza para hacerlo.
Los amo desde la enormidad de la vía láctea, hasta la sencillez de un café con leche*

Para todos aquellos quienes a pesar de toda tribulación, y toda angustia, siguen amando tanto

Amar nos separa de los demás.

VIRGINIA WOOLF

Personajes

LA MADRE

LA NUERA

EL HIJO

Lugar

Coordenadas 28°48'51"N 106°26'22"O, en la décima cuarta zona metropolitana del país. En medio de la aridez de una tierra que no ha podido ver aún esa alborada prometida.

Tiempo

Los hechos ocurren entre el 4 de octubre de 2016 y el 7 de septiembre de 2021.

Hipocentro

Voy caminando de la mano con mi mejor amiga. Tengo nueve años. Atravesamos el patio del Centro Materno para acortar camino. Frente a nosotras hay un hormiguero. Es primavera, el cielo es de un claro azul y el aire mece los eucaliptos. La miro a los ojos:

—El cariño que siento por ti es muy grande, como de aquí a la luna —le digo.

¿Tú me quieres a mí?

—Sí.

¿Qué tanto?

—Mira, ¿ves esa hormiguita que va caminando sola por ahí?, así, de ese tamañito es el cariño que siento por ti.

La luz brillante del cielo se apaga en ese momento para mí.

Hoy. Las siete de la mañana. La fila para ingresar al reclusorio.

Una hormiguita camina junto a mi pie. Pienso que soy yo, sopor-tando tres veces mi propio peso de tantas cosas que no puedo tirar y debo llevar a cuestas hasta mi casa, temerosa de perder el camino.

A esa niña todavía la recuerdo. Pienso en ella cada vez que veo a Sarah, pienso que Sarah puede aplastarme con su mirada en cualquier momento.

Epicentro

Las seis.

Voy a misa.

Mi celular vibra en el “Yo confieso”.

Me distrae, olvido la oración, siento que todos me miran.

El aire se cuela por la puerta lateral de la iglesia, arremolina la tierra entre las bancas.

Un mal presentimiento me toma de la mano en el padrenuestro.

En la consagración imagino que el padre parte mi corazón en dos y lo sumerge en vino. Y el vino es mi sangre.

Bebo del cáliz y un nudo se me forma en la garganta... Hay una angustia repentina por no poder tragar a Dios.

Al salir de misa un puñetazo de aire helado constipa mis costillas.

Enciendo mi celular.

Seis llamadas... En mis entrañas un hilo electrificado tira de mí, crece y me sacude de adentro hacia afuera... Leo su nombre en la pantalla...

Devuelvo la llamada.

—¿Señora, está ocupada?

Voy saliendo de misa.

—No es nada serio. Márqueme desde el teléfono de su casa.

Cuelgo. Aprieto el paso.

El puño del aire...

La descarga eléctrica en mis tripas...

El piso se mueve...

Marco desde casa.

—¡Qué tal, señora! ¿Cómo están? ¿Su suegra cómo sigue? Nada más para avisarle que hoy en la mañana detuvieron a su hijo.

El teléfono se cubre con el sudor de mis manos.

Pienso que debería romper en llanto. Mil litros de agua salada escapando de mis ojos inundando todo con mi tristeza.

—No es necesario que vengan hasta acá, yo les voy a estar dando noticias, le voy a pedir que no llame a la casa, las líneas están intervenidas, en cuanto pueda les hago llegar mi nuevo número. ¡Hasta luego, señora, que estén muy bien!

Cuelga.

Mis mejillas no se mojan. Algo en mí ha dejado de funcionar en este mismo instante. Algo se detuvo. Aprieto los ojos, muy fuerte... Nada.

Isosistas

—Nos casamos hace quince años.

—Tenía cuatro meses de embarazo.

—Al año siguiente le pedí el divorcio.

—Algo me detuvo. Un golpe. Una especie de escalofrío que me sacudió entera y me hizo saber que sólo él podría ser mi compañero para toda la vida.

—Tomamos terapia de pareja.

—Él prometió ser el mejor esposo. Nos amamos y respetamos cada día.

—Yo lo alenté a aceptar ese trabajo ¡Una oportunidad no debe nunca rechazarse! Se deben correr riesgos. ¡Atreverse!

—Conocíamos los riesgos. Pero no había razones para pensar que nos iría mal.

—No me arrepiento.

—Son las siete de la mañana del domingo.

—Una mujer se mete en la fila y me agrede, me echa en cara mi dinero y mi posición.

—“Aquí, doscientos pesos son doscientos pesos, tanto vale mi dinero como el suyo”.

—Todos me miran. Pero yo no me rebajo a su nivel. Soy una señora.

—(Pienso.)

—¿Qué sería de mí ahora si nos hubiéramos divorciado?

—No estaría siendo agredida en este momento por una mujer a las siete de la mañana.

—Estaría durmiendo o tal vez de viaje.

—Pero no aquí.

—No en un lugar que no es para mí.

—Entonces mejor trato de no pensar.

—¡Qué curiosa es la vida! Las mentadas circunstancias... el trillado “uno propone y Dios dispone...”.

—Pero conmigo no.

—Yo propongo y dispongo, así ha sido siempre, no veo por qué deba cambiar eso ahora.

—Yo no voy a regalarle a cualquiera la oportunidad de tener lástima por mí.

—Si hoy debo estar haciendo fila a las siete de la mañana junto a un grupo de vulgares personas, lo menos que puedo hacer es demostrar la mujer que soy, mi educación, conservar mi integridad hasta el último minuto.

—Callar.

—Y gritar después.

—Los gritos de dolor deben hacerse en completa soledad, para que nadie más los escuche.

Magnitud

¡Apúrese!

Sarah se abre paso entre la gente del supermercado.

Intento seguirle el paso y sólo consigo torcerme los tobillos.

—Todos me juzgan —¡qué vergüenza!—. Todos lo saben, lo han leído en los periódicos. Lo han visto en la televisión. Y ahora ella está aquí, mirándome como hacen todos.

Se limpia las lágrimas un par de veces. En sus ojos se forman ramitas rojas e hinchadas que le hacen la mirada chiquita.

Pongo mi mano sobre su hombro.

—... No soporto que me toque.

Me hace a un lado...

No es la primera vez que vamos de compras, aunque las circunstancias sean ahora muy distintas.

—¡Ándele, señora! No se haga del rogar, no me diga que no le gusta comprarse ropa.

Sarah, es mucho, además está muy cara.

—Pero usted no la va a pagar. ¡Mire! Mídase este abrigo.

¿Dónde los voy a lucir?

—Ya es tiempo de que tanto usted como su esposo se hagan a la idea de que su hijo ahora es de otra posición, por tanto ustedes deben estar a su altura.

¡Apúrese, señora!

Buscamos camisas grises, sin dibujos.

¿Éstas?

—¿Eso es lo que compraría para su hijo?

¿Entonces cuáles?

¡Ay, señora! (Y abre los ojos como tratando de dominarme con ellos.)

Se va. Yo no sé. Nada le gusta.

Éstas. Me dice. Toma el paquete y de nuevo me apura el paso.

Vamos a las cajas. Quiero pagar yo. Hace mi dinero a un lado y paga ella.

La cajera nos mira sin saber cuál dinero tomar.

—¡Yo tengo!

Y vuelve a mirarme con esos ojos bien abiertos, yo entrecierro los míos y miro hacia otra parte.

Yo sé que esto es una prueba, Dios nos da fortaleza en momentos duros como éste y uno simplemente debe... resistir.

Premonitores

La guardia me revisa minuciosamente.

Manosea mi vientre, entre mis pechos.

Pellizca la piel.

Me provoca asco el sudor que deja sobre mí.

Me aguanto para no llorar frente a ella.

Hurga entre mis piernas.

Rezo un padrenuestro.

—¡Apúrese, señora, no se tarde tanto!

Voy tras ella, recorriendo ese laberinto de pasillos y escaleras que parece no tener fin.

Ahí está, al fondo, en la ventanilla ocho. Sarah se aproxima a él.

A pesar de la poca luz y de ese enrejado tan juntito que nos divide, puedo ver cómo sus ojos se arrugan para no soltar el llanto, respira hondo y suspira con un aire de vergüenza.

—¿Qué onda, madre?

¿Cómo estás?

Ella me mira y en sus grandes ojos abiertos puedo leer que me dice “qué pregunta tan idiota”, se adelanta y gana la atención.

Murmuran cosas entre sí, no entiendo nada, yo sólo los miro pensando en que bien podría no estar ahí.

Se acaba el tiempo.

—Cuídala mucho, madre, no me la dejen sola, ella y mi hijo son mi familia.

—No llore, señora. Ahora no debemos llorar. Debemos estar bien para él.

No.

No voy a llorar delante de ti.

Una madre fuerte sabe cómo mantener su vida en orden, incluso cuando hay lágrimas en sus ojos, ella sabe cómo decir “estoy bien” con una sonrisa...

Yo no sonrío, podría, pero no lo hago.

Debajo de mí, juntito a mis pies. El piso tiembla. Miro las cuarteaduras del asfalto y pienso que la tierra se está abriendo para comerme. Pero no sucede.

Pero esa sensación de ser devorada permanece latente, como si me dieran pequeñas mordiditas en mis entrañas.

Mi hijo me mira con los ojos vidriosos y me pide que le dé la bendición.

La sensación de ser masticada por dentro se detiene y siento de pronto una enorme satisfacción...

Por fin, mi hijo se acerca a Dios y lo concibe como el único que puede darle fuerza para salir adelante.

Que la bendición de Dios padre, hijo y espíritu santo te acompañe siempre, que la virgen santísima te cubra con su precioso manto. Que tu ángel de la guarda te custodie y que la sangre de Cristo que derramó en la cruz por nuestros pecados te proteja de todo mal.

Amén.

Mientras rezo y dibujo la cruz en el aire, él balbucea muy quedo
“De tin marín de do pingüé”.

Onda

—Ya no vengan a verme, madre.

—Es mucho desgaste, gastan mucha gasolina, no tiene caso, además yo quiero aprovechar los días de visita para estar con mi hijo; en estos momentos es lo que más me importa.

—Mejor hablamos por teléfono, yo les puedo hablar los miércoles y les aviso cuándo se den la vuelta.

No quiere verme porque seguramente ella se lo pidió. Ante eso ¿qué puedo hacer?

Sí él lo quiere así... pues ni modo...

Yo no sé si él ha visto mis ojos aguados. Quiero abrazarlo y ahorcarlo al mismo tiempo. En este momento no se merece ninguno de los dos. Le doy la bendición.

Hay que tener fe.

—La fe no sirve. Ya estoy harto de rezar y de esperar una respuesta.

Tú no rezas, tú le exiges a Dios que te resuelva tus problemas ahorita. (Pienso.)

No sé si entiende algo en mi mirada o sólo ve a una mujer frente a él con los ojos aguados con la que ya no tiene ninguna conexión.

Yo voy a tener fe por los dos.

—Yo les hablo en la semana, les aviso cuándo pueden venir.

Regresamos... no hay un alma en la carretera... el sol nos golpea de frente.

Miro a mi esposo, me preocupa su nivel de azúcar. Lo veo resistiendo pero sé que por dentro el dolor lo consume, lo sé porque sus orejas se ponen coloradas de tanto aguantarse el llanto.

Camina más lento cada vez.

Entre nosotros hay más silencio, hay días en los que no habla, sólo

mira hacia enfrente, no sé si a la nada o hacia la fantasía.

Cada quien padece a su modo. Él ha decidido hacerlo en silencio.

Espero a que me llame desde ese lugar en donde mi hijo está.

Miro algunas fotografías y me doy cuenta de que en mi cabeza habitan recuerdos que nunca fueron.

Las fantasías se reproducen con mayor frecuencia y abundan los rostros felices.

Revisito lugares en mi mente acompañada por él. Sé que no es cierto.

Sé también que si esto continúa voy a desaparecer muy pronto y me voy a convertir en un recuerdo más de mi cabeza.

Un recuerdo que grita en completo silencio mientras se aguadan los ojos.

Frente a mí, un teléfono muerto que tal vez no suene hoy.

Frente al teléfono hay una mujer con los ojos aguados. Sí. Pero tiene fe.

Efemérides

—Lo hicieron sin aviso.

—Las traiciones se van acumulando adentro de este cuarto de dos por cuatro.

—Nadie mira de frente.

—Conocía las posibilidades. Dar y tomar cuando amerite la oportunidad es una regla política.

—Salvar el pellejo, echar por tierra.

—Traición.

—La política es como estar en la escuela y trabajar en equipo: no se llega a ninguna parte. Logra llegar quien abandona a su equipo; nunca formar parte.

—Entre empujar y ser empujado, quedarse con lo que más engorda.

—Si das la mano, te pisan.

—Si das la mano, te queman.

—Si das la mano, te muerden.

—Te arrancan la mano, si das la mano.

Réplícas

Hace días que no me dejan verlo.

Hice fila por más de tres horas, los oficiales hablan entre ellos, uno de ellos viene hacia mí y me niega la entrada. No sé por qué. No me dicen.

Tampoco me llama. Antes llamaba los miércoles.

Ya van tres semanas que me quedo esperando.

Paso los días frente al teléfono.

Nada. Ni una noticia.

Con la espera, aprendí que las noticias, cuando llegan, no son buenas o malas.

Todas tienen un gusto amargo.

Pasado mañana voy otra vez.

Espero verlo ahora sí.

¿Necesitará algo? ¿Qué le llevo? ¿Jabón? ¿Tarjetas telefónicas? ¿Papel higiénico? ¡Para qué!

Seguro ella me va a decir que no. Hará mis cosas a un lado y en su lugar pondrá las de ella.

Así que voy a continuar arrastrando la silla frente al teléfono. Esperar que llegue el miércoles y pedirle a Dios que el teléfono suene, para tener noticias, para escuchar su voz y saber cómo está.

Falla activa

Pedimos por él.

Todos los días.

Tres, cuatro, a veces hasta seis rosarios diarios.

A la Señora de la Merced.

—Ruega por él.

Al Justo Juez...

—Ruega por él.

Santa Rita... san Judas y santa Filomena, a san Gregorio Taumaturgo...

Por la unión de la familia.

—Ruega por ella.

Por la liberación de mi hijo. Por su salud y por aquellos que lo traicionaron.

—Ruega por él, ruega por ellos.

Y porque se acaben los odios que lo metieron preso.

He sido católica toda mi vida.

Sirvo a la iglesia, llevo la comunión, voy a grupos de oración, a congresos diocesanos, este año es el aniversario de la diócesis.

Desde siempre he creído que hay que tener fe para rezar.

Ahora me doy cuenta de que la fe no nos hace rezar, rezamos desde el miedo, cuando nos invade la desesperación.

La angustia.

A veces, cuando el enojo nos domina, pedimos a Dios que alguien muera o que le suceda algo malo —¡Virgencita, por favor, que lo atropelle un tren!

Esos son los verdaderos impulsos que nos hacen considerar la oración como la única vía, la última, después de haberlo intentado todo.

Yo rezo desde el dolor, desde ése que me une a mi hijo a través de un cordón umbilical invisible que traspasa todo tiempo. Toda reja.

Pero el dolor que se siente no es la peor parte, es el odio.

En el seno de mi odio nacen mis plegarias y se elevan a Dios.

Miro al cielo y puedo verlas cómo suben en forma de puntitos luminosos. Suben y suben hasta que chocan con las nubes.

Tiembla el cielo. Llueve.

Y con cada gota que cae, sé que la respuesta de Dios es “Todavía no”.

Gap

—¿Ha escuchado aquello que dicen?

—Para que una nuera quiera a su suegra, debe un burro trepar una escalera.

—Yo no tengo por qué quererla, ni usted a mí.

—Estamos obligadas a convivir porque lo único que tenemos en común es él.

—Pero fuera de eso, nada.

—Porque si hay algo que no me gusta de él, es usted. Yo siempre la vi menos que yo.

—Pero su hijo es bueno, y aunque me duela, debo reconocer que toda su bondad no pudo aprenderla de otros que no fueran ustedes.

—Yo sé que no son malas personas, y quiero pedirle perdón por lo mal que la he tratado. Le pido que cada vez que me vea mal me abrace para calmarme.

Algo en mi vientre se relaja, respiro tranquila.

Hoy la abracé seis veces...

Seísmo

—Yo no quisiera estar aquí.

—Amo, con todo lo que soy, a este hombre que tengo enfrente.

—Está... más delgado y desgarbado... Por eso mismo me duele hasta el aire que pasa. No quisiera estar aquí y ver su desgarbo y su flaqueza.

—El amor se convierte en dolor apenas cruzo esas puertas. Y eso no es justo.

—Cuando lo veo, mis ojos son lluvia, mis pies soportan cristales rotos que se hunden muy profundamente en mi piel; nuestro amor todos los días tiene nuevas llagas, soporta mil azotes nuevos cada día.

—Hoy me di cuenta, por vez primera, que nuestro amor tiene una enfermedad incurable.

—Hoy me pidió que me fuera.

—Podría irme (en mi cabeza ya me fui hace tiempo), y entonces, la nostalgia. Uno se va, pero las noticias lo persiguen, los ojos buscan siempre un algo de aquí, la distancia castiga. Uno se va. Pero lo llevo todavía dentro, como un amado cáncer, como una idea fija, como un verde corazón que siempre duele al palpitar y que palpita siempre.

—Me voy, a veces llama y le digo que no puedo ir a verlo. Prefiero ver televisión, me voy. Pero dura muy poco mi viaje: desde adentro de mí, su imagen se hace presente, me sangra, me duele.

—Cuánto amor en el dolor. Cuánto dolor en el amor. Qué duro es ser tu esposa.

Un pie se me tuerce al bajar las escaleras. Una señora evita que yo caiga.

Después de todo no me encuentro tan sola. (Pienso.)

Gracias.

Le ayudo, sujétese de mí.

Pero no logro hacerlo.

Sarah me toma del brazo y me grita delante de todas. Todos los ojos sobre mí.

¡Me iba a caer! Se queda seria, esquiva la mirada y apresura el paso.

Algo en mí se detiene un sólo segundo.

No corre la sangre en mi cuerpo, toda se estanca en mi estómago y comienza a hacer ebullición, creo que debería irme. ¡Pero no! Doy paso firme hacia ella.

Voy a gritarle todas las palabras que se están ahorcando con mis cuerdas vocales, y le pido a Dios que me dé la fuerza para hacerlo.

Dios te salve... la oración para pedir fuerza se va de mi cabeza.

—¡No se quede atrás!

¡Ya voy! (Pienso.)

Temblor

Hija, lo que necesites, mi marido y yo pensamos que tal vez podríamos vender la casa y el auto.

—¡Cómo cree! ¡Por supuesto que no!

¿Pero por qué?

—Porque no es necesario.

¡Cómo dices eso! Es nuestro hijo, no podemos quedarnos aquí sentados.

—Es lo que nos ha tocado vivir. Así es como debo afrontarlo. Con mi hijo. Debo aprender a estar sola y arreglármelas sin ayuda de nadie.

—Éstos eran los momentos en los que uno debiera apoyarse en la familia, pero la verdad es que veo a mi alrededor y no hay hombros donde yo pueda llorar.

Pero nosotros estamos aquí, No estás sola. Puedes contar con nosotros para lo que necesites.

—No sirve de nada, señora. ¡No sirve de nada! ¡La casa y la camioneta no nos sirven de nada! Se necesitan millones, ¿entiende? ¡Millones! Usted no sabe lo que es eso.

—¿Sabe lo que nos cobra un abogado? ¡Ni vendiendo su camioneta dos veces alcanza para pagarle! Y no es un abogado, ¡son cuatro! ¡Le van a dar una miseria por la casa! Y cuando necesitemos más dinero, ¿qué va a vender?

Sus ojos bien abiertos y su voz áspera y lesiva cimbran mi garganta y me quiebran el aire.

Los escombros de mi voz salen de mi boca sin sentido.

Perdóname... yo no sé... sólo queremos ayudar en todo lo que se pueda...

—Ustedes no pueden hacer nada por su hijo, sólo yo. Por favor, no averigüe, señora, no me ofrezcan su dinero porque es inútil, es muy poco. ¡Es una humillación! Les pido por favor, ¡por favor!, que se hagan a un lado.

Mis ojos no pueden sujetar las lágrimas, se escapan a borbotones entre las pestañas, quiero aguantarme porque no puedo permitirme llorar frente a ella.

¡Dios, dame fuerzas! No me niegues tu auxilio.

Pero Dios se ha ido, no quiero aceptarlo, pero hace mucho que nos dejó solos... Con la mirada busco desesperada el camino de gotas de agua que dejó Dios al lavarse las manos, pero no lo encuentro.

Y entre más me repito a mí misma que ya no debo de llorar, más rápido fluyen mis lágrimas, como un río de tristeza que lo moja todo.

Sismo

Las cámaras se apagaron. Declararon ante los medios que hubo un tiroteo que inició a las seis de la mañana.

Dijeron que hubo una fuga masiva de internos. Supuestamente, en el procedimiento de búsqueda, lograron recapturar a mi hijo... fue interrogado por agentes policiales en un área del centro penitenciario, según versiones de testigos.

Mi hijo falleció en el trayecto al hospital hacia donde estaba siendo trasladado debido a los golpes sufridos “al caer de un árbol” durante su recaptura, según las primeras declaraciones de la fiscalía.

—Ellos quieren que me declare culpable, y de hacer eso lo menos que pudieran darme son cuatro años; si hago eso, tengo que pagar una multa. ¡Y ni vendiendo un riñón me alcanzaría para pagar!, madre. Yo sé que no voy a salir de aquí.

Confía en Dios, hijo. (Aunque yo ya no confíe.)

—Dios no existe.

No digas eso. (Es verdad, pero entonces, ¿qué nos queda?)

—¿Entonces esto pasa porque Dios así lo quiere?

—¿Por qué se ensaña?

Es una prueba.

Así lo creía, hasta que el propio Dios vino y me lo quitó.

Los disparos salieron de todos lados, no hubo tiempo de cubrirse.

Doce cámaras los vigilaban noche y día y ninguna pudo grabar nada.

Eso es lo que dicen.

Un ajuste de cuentas, escribieron en el periódico.

Los periódicos no cuentan la verdad. Ya no se puede confiar en nadie.

Lo quiero conmigo.

Lo quiero de vuelta.

Es mío, nació de mí, de mi centro.

Y en internet leo toda clase de cosas en su contra.

“¡Qué bueno que le pasó! ¡Se lo merecía! ¡Al fin va a pagar de a de veras!”.

Soy ajena a ellos. Soy ajena a mí, quiero salir a la calle y matar a todo el que se vaya cruzando en mi camino a ver si así se apaga este volcán de angustia.

Pero a cada paso que doy el suelo tiembla.

Un paso... Una grieta... Un abismo... El vértigo acalambra mis pies...

Quiero regresar el tiempo... dejar de creer en Dios... atormentarme menos...

Abrazar a mi hijo. Darle la bendición...

Pero el cuerpo lo van a cremar... ni siquiera voy a verlo por última vez para besarlo en la frente.

¡Ya está muerto! ¡Qué más quieren! ¡¿Qué más puede pagar?! Si fue culpable o no, eso ya no puede saberse, pero ese señor no se conforma... aún después de muerto quiere que siga pagando.

—No te aflijas, madre, yo sabía a lo que me enfrentaba al

aceptar este trabajo. Me confié de más y perdí, pero tú me conoces, y con eso me basta.

Con eso basta.

Segunda réplica

—No quiero que mi familia se vea involucrada.

—¿Te refieres a tus papás?

—Por favor, échame la mano, que no se dejen llevar por las cosas que se andan diciendo.

—¿Tú crees que tu mamá se va a quedar en su casa tan tranquila?

—Lo hará si se lo pedimos, es lo mejor, yo confío en que esto se arreglará pronto.

—¿De verdad lo crees?

—Por favor, llévate al niño, si catean la casa no quiero que esté presente.

—¡Crees que yo sí!

—No empecemos, por favor. Oye, por favor, mírame.

—¿Qué más necesitas?

—Mírame.

—Ya me tengo que ir, voy por los documentos que me pidió el abogado.

—Mírame. Te amo.

—... Nos vemos el jueves.

Gal

- La paciencia es una ollita de barro que se rompe apenas se toca.
- Tener paciencia, y confiar en Dios, es estúpidamente inútil.
- La paciencia provoca impaciencia.
- Se miente a sí misma.
- La esperanza es un acto no consumado.

—Vivir así es vivir con una llaga abierta en el intestino que te hace sangrar; es pudrirse lentamente desde adentro.

—Se la debo.

—Se la ofrezco. Así en silencio, sin que lo advierta.

—Me dice te amo y le desvío la mirada.

—Me dice te amo y tengo la esperanza de volver a contestarle “yo también”, pero en estos momentos no puedo amar, no cuando hay otras cosas más importantes.

—Menospreciar el patrimonio es tropezarse con el propio pie. Debo estar consciente todo el tiempo, dejar de soñar o improvisar y estar fría para ver por todo lo que se nos viene encima.

—¿Es malo?

Falla geológica

—Ya no creo en Dios, madre.

No me digas eso, se me figura que te estás dando por vencido.

Verás que algo bueno saldrá de todo esto.

—¿Qué? ¡Nada!

—Somos gente buena, honesta, no hacemos daño a nadie. No llores. No tiene nada de malo que piense de esta forma.

Todos perdemos la fe en algún momento.

—No sólo se trata de fe.

—De estar en estas cuatro paredes empiezo a llenarme la cabeza de idioteces.

Todo pasa, nosotros estamos contigo... /

—No, mamá... decir que están conmigo no es estar conmigo. ¡Es decirlo simplemente!

¿Qué más puedo hacer por ti? ¿Qué más quieres que hagamos?

—Nada.

¿Nada?

—Voy a estar cuatro años aquí. Pagando por algo que no hice. Lo único que me queda es mantener el deseo de volver a reunirme con mi familia y llevármela lejos de este maldito lugar que sólo supo volverme la espalda.

Cuando dices “tu familia”, ¿quieres decir tu esposa?

—Y mi hijo, sí.

—A veces pienso en cómo nos educaron, a mí y a mis hermanos; y me da coraje pensar que toda nuestra vida, la mía por lo menos, pudo ser tan distinta de lo que es, quiero decir... ¿De qué...? ¿De qué nos ha servido que mi papá siempre fuera tan honesto?

—Toda su vida se la pasó esperando una retribución de los demás, una muestra de agradecimiento por haber sido un hombre modelo. ¿Y qué obtuvo a cambio?

—Una pensión miserable que no le alcanza para nada, sus hermanos le faltan al respeto a la menor provocación y nosotros...

¿Hubieras preferido que tus padres fueran otros? ¿Ser hijo de gente con dinero?

—En estos momentos, sí. La verdad es que llega un momento en el que te das cuenta de que lo único realmente importante en la vida es el dinero y lo que puedes conseguir con él.

—¡Comer! Nada más importa en esta vida, siempre y cuando tengas para comer, los sueños, los deseos o las aspiraciones no importan tanto ante la realidad de tener un estómago lleno.

Perdónanos por no ser los padres que necesitabas.

Toma, este dinero te lo manda tu tía...

—No, madre...

¡Tómalo!

—No, entiende. Por favor.

¿Por qué?

—Por favor, no.

¡Hijo!

—Dile que agradezco mucho el gesto, le agradezco todas sus oraciones, pero no puedo aceptar dinero de ella.

¿Por qué? Porque habló mal de tu jefe.

—Mamá...

No entiendo. Sólo quiero que pienses que te la pasaste hablando maravillas de ese señor. ¡Y dónde está! Escondiéndose, dejando que tú cargues con toda la culpa.

¿Y tú?

Yo no sé si será culpable, quiero pensar que sí lo es.

Yo no sé si lo estás encubriendo y sí es así no sé para qué.

—Mamá...

¡Bueno! Tengo que decirlo. Necesito saber si de algo ha servido que te quedas callado.

—Es un tema muy complicado, mamá.

Ya lo sé.

—No se trata de hablar o quedarse callado... /

¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Yo elegí esta vida. Yo sabía las consecuencias, las limitantes y los alcances de estas gentes. La política es así.

¿Tú crees que esto es lo que yo quiero para ti?

No puedo estar tranquila...

—¿Qué tienes?

Me duele el vientre.

Ni tu tía, ni tu padre, ni yo te tenemos aquí.

No somos tus enemigos. Sería bueno que no nos vieras así.

Terremoto

Hoy mataron a mi hijo.

Me avisaron por teléfono.

Silencio.

Silencio.

Un viento helado pisotea mi espalda dejando marcas.

Vacío.

Siento una contracción en mi vientre.

Involuntaria.

El espasmo no se detiene. Se ensancha. Crece vertiginosamente. Supera tres veces mi tamaño.

Por un momento, el tiempo regresa cuarenta años y lo siento a él, en mis entrañas. Puedo sentir cómo se alimenta. Pero la sensación es fugaz, se desvanece y sólo queda el calambre.

El centro de mi cuerpo retiembla haciendo grietas en mi superficie.

Hoy no mataron a mi hijo.

Hoy destruyeron lo poco que queda de mí.

Grieta

No te lo lleves. (Suplico.)

—Es mi esposo.

Finalmente podemos agradecer a Dios porque al fin terminó esta pesadilla.

—¿Le da gracias porque mataron a su hijo?

¡Le doy gracias porque ya dejó de sufrir!

—Pero no se resolvió nada, señora, ante todo el mundo, su hijo siempre será un delincuente.

¿También ante ti?

A mí no me importa lo que pueda decir la gente. Yo sé que mi hijo no hizo nada.

¿Lo sabes tú? ¿Por qué te comportas como si de verdad...?

—Usted no entiende...

Porque nunca quisiste decirme nada. Siempre nos mantuvieron al margen de todo el asunto... yo no quiero ser mal pensada...

—Era mejor así, señora, no involucrarlos más de lo necesario.

Ahí estuvo tu error: pensar que no debía involucrarme... Pero es mi hijo, involucrada estoy desde que le di la vida.

—En cuanto pueda le voy a pasar el número de la casa para que pueda hablar con su nieto.

Gracias.

—Él... él renunció a todo lo demás, cuando se entregó a mí.

¿Y tú qué le diste?

—No le permito que ponga en tela de juicio lo que yo hice por él. ¡No tiene derecho!

Ninguna de las dos tenía derecho. En realidad, yo no estoy molesta contigo. Estoy muy enojada con él, porque era él quien debía ponerte un alto desde el principio. Era él quien debía darme mi lugar frente a ti.

Y también estoy enojada conmigo porque no supe reclamar ese lugar.

—Se equivoca.

—Si hay algo que él siempre hizo fue hacer hincapié en que yo no olvidara quién era usted. Quiénes eran ustedes, como si su familia modesta de clase media fuera mucho más que cualquier otra. ¿Por qué? ¿La falta de dinero los hace especiales? ¿Por qué ustedes son mejores que yo?

—Me aguantaban porque era su esposa, no por mí, nunca se tomaron el tiempo para conocerme.

Dios sabe que yo hice todo lo que estuvo al alcance de mis manos para llevarme bien contigo, pero siempre has hecho imposible todo acercamiento.

Nada te basta. Todo lo complicas. Todo tiene errores.

—Ninguna de las dos tenemos la culpa de no tener nada en común.

Mi hijo.

—Pero él ya no está, ahora todo lazo entre nosotras se ha roto.

Él siempre será mi hijo. El lazo que los unía, el amor entre ustedes, ya no existe. Está roto.

Pasará el tiempo, conocerás otro hombre y edificarás un nuevo hogar.

Para ese entonces, él sólo será un recuerdo.

Para mí siempre será mi hijo.

Tiempo de origen

—Madre, me ascendieron en mi trabajo.

¡Bendito sea Dios!

—Pide mucho por mí, voy a necesitar de tus oraciones, madre.

Siempre pido por ti.

—No podremos vernos como antes, de hecho quería decirte que no vamos a ir esta Navidad.

Pues ni modo hijo, trabajo es trabajo. ¿Qué le hacemos? Ya nos veremos cuando se pueda.

—¿Te agüitas, madre?

...

—Ésta no es una oportunidad sólo para mí, es una oportunidad para ayudarnos a todos.

Con el favor de Dios.

—Con el favor de Dios.

—¿Me das la bendición?

Con todo mi amor.

Sismograma

Me los entregaron hoy.

Dijeron que era él. Sus restos transfigurados en carboncitos.

Una cajita que cabe sobre la palma de mi mano, para meter a un hombre que medía un metro noventa y siete.

Lo que no saben es que esto... esto... no es mi hijo.

Mi hijo ríe y ensordece toda la casa con su risa. Mi hijo mira frunciendo el ceño, pensativo, analizando cada segundo de cada situación, hasta que la migraña lo tumba sobre la cama.

Es imposible meter a mi hijo en esta caja tan pequeñita.

Después de tanto.

Volvió a mí de otra forma.

Otra sustancia.

Ya no es más él.

—¡Entréguemelo!

¡Ya te lo entregué! ¿No estás satisfecha? ¡Quieres que me vacíe y desaparezca!

Se lo entrego... otra vez... así, sin decir nada.

Se lo lleva.

Hipocentro

Ser madre es dolor.

Es necesidad.

Perder y ganar todo con cada parto.

Es intentar y fallar cada vez. Todas las veces. En todo lo que se refiere a darse.

En todo lo que importa.

Es un siniestro temblor tras otro en una escala infinita medida por una misma.

Cuando las razones se van perdiendo hay una calma. Una esperanza que hace creer que todo vale la pena.

Ser madre es dolor y necesidad.

Continuar.

Reírse de la vida y del destino y confiar en Dios ciegamente.

Escupir al cielo.

Ser madre es dolor, porque sólo desde el dolor es que el dolor puede soportarse.

Crear que se ha resistido todo. Superado todo. Y cuando hay calma, un dolor nuevo y más grande crece y se avalanza sobre la espalda.

Ser madre es atesorar un momento de paz, porque sólo una madre sabe lo que en realidad cuesta un recuerdo amable.

Ser madre es saberse feliz, aun y cuando se tiene la certeza de que en cualquier instante se puede perder todo.

Quedarse hueco.

Como esa sensación de grito ahogado que se emite al arrojarse de un acantilado.

Ser madre es estar temblando desde adentro, desde el centro, desde unas entrañas en su mayoría deshechas por tanto dar de sí.

A veces se tiembla por frío. Frío de ausencia.

Se tiembla de miedo.

Se tiembla por tanto coraje y la fuerza que se hace al apretar los dientes.

Pero siempre desde el vientre. Desde el centro. Donde todo comienza y donde todo fluye hacia el mundo.

Alud

No **estoy** para ti, vida.

No llames a mi puerta.

No estoy.

No me hostigues.

No me incites, no me obligues. ¡No quiero abrir!

Voy a tapiar mis puertas.

Mis ventanas.

Para que ni el aire pueda entrar o salir.

Me quiero quedar en mí.

Habitarme sin ti.

Me debes motivos... propósitos.

Pero mi deseo no es tan vasto.

Con sólo desearlo no puedo.

¡Apártate! Está bien... Me aparto yo.

Índice

- 11 Hipocentro
- 17 Epicentro
- 21 Isosistas
- 25 Magnitud
- 29 Premonitores
- 33 Onda
- 37 Efemérides
- 39 Réplicas
- 41 Falla activa
- 45 Gap
- 47 Seísmo

- 51 Temblor
- 55 Sismo
- 59 Segunda réplica
- 61 Gal
- 63 Falla geológica
- 69 Terremoto
- 71 Grieta
- 75 Tiempo de origen
- 77 Sismograma
- 79 Hipocentro
- 83 Alud



En su centro retiembla,

de Adriano Madriles, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez Mercado. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

